

## RESEÑAS

**Parada, Alejandro E. (2023). *Bajo el signo de la Bibliotecología. Ensayos bibliotecarios desde la posmodernidad tardía*. Eduvim. ISBN 978-987-699-787-4. 154 páginas<sup>1</sup>.**

ARK CAICYT:

<http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23141174/xevwexawa>

*Bajo el signo de la Bibliotecología* inaugura la colección Calímaco, una propuesta de la Editorial Universitaria de Villa María que busca contribuir al análisis de la identidad, la historia y el futuro de la Bibliotecología y de las bibliotecas, en un permanente e indispensable diálogo con distintas disciplinas pertenecientes a las Ciencias Sociales. Como director de la colección y autor de este primer título, Alejandro Parada abre el proyecto editorial con la sistematización y puesta en texto de un conjunto de reflexiones fundamentales que, situadas en la médula del ser bibliotecario, lo cuestionan, tensionan y, al mismo tiempo, afirman, a partir de su lectura en el contexto de los cambios profundos suscitados en la posmodernidad tardía (ubica los inicios de la posmodernidad a mediados del siglo XX y a la posmodernidad tardía en la década en curso) y acentuados por la reciente pandemia del COVID-19.

Una inquietud vital (capítulo 1) atraviesa todas las cavilaciones postreras: ¿cuál es y cuál debe ser el lugar / la función social de la Bibliotecología y Ciencia de la Información y de su espacio fundante, la biblioteca, en la posmodernidad tardía? Como “respuesta contestataria de contrapoder” al discurso dominante de los procesos globalizadores que sostienen “una segregación, separación y marginación social progresiva” (p. 24), el autor sostiene que las bibliotecarias y los bibliotecarios debemos convertirnos en impulsores estratégicos de ámbitos que coadyuven a la construcción independiente, democrática, de significados y sentidos por parte de todos los actores de las comunidades a que servimos. Para ello, e incluso para que la profesión logre trascender y dispute contra quienes vaticinan su naufragio, invita enérgicamente a realizar serios esfuerzos por comprender, en toda su complejidad dialéctica, la realidad en que desplegamos nuestras tareas cotidianas. Así, cada uno de sus ensayos repara en tópicos inexcusables y ofrece herramientas analíticas para

---

<sup>1</sup> Ayelén Dorta. Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales – Argentina. [ayelendorta@gmail.com](mailto:ayelendorta@gmail.com)

acercarse a este entendimiento.

En su calidad de historiador de la cultura escrita, y más precisamente de las bibliotecas como espacios de circulación del impreso, Parada no duda en recurrir a las enseñanzas de los procesos pretéritos para analizar el presente y futuro bibliotecario. A partir del pasado que más conoce, el de los orígenes de las bibliotecas argentinas, avanza hacia el de las bibliotecas latinoamericanas. Señala que en Argentina (capítulo 4), desde la fundación de nuestra primera Biblioteca Pública (y las que le sucedieron en el tiempo) y de nuestra red de bibliotecas populares, pasando por el diseño de los distintos currículos de enseñanza formal en Bibliotecología, hasta llegar, por ejemplo, a los gobiernos dictatoriales que condujeron a bibliotecarios y bibliotecarias a defender la supuesta neutralidad del campo como intento de hacer sobrevivir a las instituciones a su cargo, encontramos muestras de acontecimientos estrictamente políticos. La indagación histórica, nos demuestra, entonces, que lo político y la política fueron los verdaderos artífices de los establecimientos bibliotecarios y de la articulación de saberes especializados sobre ellos en la escena social. Desconocer estos modos de configuración del campo bibliotecario es, argumenta Parada, la “antesala inevitable de una falta de conocimiento en la identidad profesional” (p. 68) y una de las razones de que la realidad de las bibliotecas se construya en la acción y no en la programación política. De la mano de una necesaria formación histórica, su convocatoria es a salir de la situación de vaciamiento de la reflexión política que observa en la disciplina y, en su lugar, a recuperar la capacidad que ella supo tener en los períodos de emergencia bibliotecaria y que, afirma, continúa teniendo en tanto instrumento para transformar las sociedades a contrapartida de un mundo donde impera la globalidad y la extrapolación del pensamiento político-económico neoliberal para “explicar en términos de mercado los contextos humanos” (p. 69).

Estas dinámicas de despliegue bibliotecario que identifica para el caso argentino, aunque con lógicas divergencias, las observa igualmente en el conjunto de los países de América Latina, dibujando un paisaje común de instauración de bibliotecas como sucesos políticos estrechamente asociados a la formación de estados nacionales independientes y posterior e insólita propensión a la defensa transversal de una falsa neutralidad de bibliotecas y profesionales del ámbito. De modo que la alerta de Parada a vigorizar la formación histórica de bibliotecarios y bibliotecarias como herramienta para reanimar la discusión política es, al mismo tiempo, un llamado a reconstruir la todavía inexistente historia de las bibliotecas con vocación latinoamericana (capítulo 6). Esa necesaria perspectiva histórica, a su juicio, permitirá rescatar las identidades sociales de estas instituciones

en la región, caracterizar una tipología de bibliotecas propiamente latinoamericanas, conocer las razones detrás de sus singulares continuidades y discontinuidades (mismas que las situaron en vaivenes de éxitos y repentinos fracasos), reconocer las influencias intelectuales detrás de quienes las impulsaron y les dieron forma y determinar los intereses que primaron en las elecciones de los principales sistemas de disposición de los acervos como mapas del conocimiento, entre otras cuestiones ineludibles para interpretar qué, cómo y por qué nuestras bibliotecas llegaron a ser lo que son.

Como condición *sine qua non*, esta sería reflexión sobre nuestras raíces contribuirá a barajar y volver a dar al momento de proyectar la participación de la Bibliotecología en el marco de las tensiones propias de la posmodernidad tardía. Esto, en función de una amplitud de dimensiones de las cuales Parada resalta sólo algunas. Por un lado, se pone en evidencia el menester de que, del mismo modo que a fines del siglo XIX y buena parte del XX, nuestras bibliotecas sean espacios que acompañen el incremento actual del espacio público, conformándose en establecimientos para la ampliación de derechos a través de la lectura y más allá de ella. Es decir, debemos asumir el reto de diseñar nuevamente los servicios y actuaciones bibliotecarios para que, en un contexto de creciente desigualdad, intervengan políticamente en favor de los sectores excluidos que no disponen de otros ámbitos para construir oportunidades de vida, de comprensión del mundo, de participación crítica en los asuntos públicos, de inserción laboral, algo que exigirá incluso cambiar la percepción que la sociedad tiene de estas instituciones (capítulo 3). Por otro lado, y como contestación insurgente al “universo voraz y anónimo de la globalidad” (p. 49), se exige que pensemos a las bibliotecas como lugares comprometidos con el rescate de las historias locales, otorgando identidad y trascendencia a lo nativo (capítulo 3). En vínculo con lo anterior, Parada también defiende la necesidad de crear bibliotecas todavía desconocidas, desarrolladas en espacialidades por descubrir y potenciar. Frente a la severa incertidumbre que plantea la virtualidad en relación a la permanencia del tradicional espacio físico de las bibliotecas, poniendo en duda no sólo el devenir de las praxis profesionales y lectoras, sino la existencia misma de las bibliotecas tal como las conocemos, considera impostergable que emprendamos de modo activo la elaboración de un nuevo espacio (o de nuevos espacios) que articule una identidad bibliotecaria propia y novedosa, consecuente con el horizonte ideológico de igualdad que nos moviliza y donde las relaciones interpersonales se sitúen en el epicentro práctico y teórico (capítulo 2). Por último, para alcanzar a la gran diversidad de usuarios potenciales de estas nuevas espacialidades bibliotecarias, resalta que ellas habrán

de disponerse como agentes indispensables para la inclusión social “multifuncional y polisemántica” (p. 97). Una inclusión en profundidad para la cual puntualiza desafíos específicos: la demanda de cultivar lo diferente (cuidándonos de masificar la inclusión); fomentar la heterogeneidad de lo local; promover la autorrepresentación ciudadana en los lugares que escenificamos; hacer de la inclusión digital un derecho humano impostergable; migrar de centros culturales a centros sociales, para el aprendizaje, el encuentro y la inserción ciudadana y otra serie de intervenciones favorables a una deseada movilidad social (capítulo 5).

Este recorrido de transformación en los quehaceres bibliotecarios, como apunta el investigador, debe estar acompañado —además de por una mirada atenta a las configuraciones históricas y por una dinamización de la discusión política al interior del campo— por una aguda reconfiguración de nuestras prácticas de desarrollo académico. De un lado, subraya lo imprescindible de superar y abandonar la endogamia epistémica que limita el progreso de la Bibliotecología y el potencial de sus contribuciones a una amplitud mayor de ámbitos. El diálogo en buena medida privativo entre pares bibliotecarios y la dependencia autoreferencial que ello conlleva, el tratamiento de un ceñido conjunto de temas proclives a escasa innovación y, entre otras cuestiones, la dependencia de producciones bibliográficas casi exclusivamente anglosajonas, nos estarían conduciendo a la desvinculación con actores y desarrollos de otras latitudes y áreas del saber con los cuales debiéramos mantener prolíficas relaciones académicas para una evolución disciplinar más vigorosa (capítulo 7). Por otro lado, y como un desprendimiento de lo anterior, Parada invita a cuestionar nuestros tradicionales modos de escritura. Ello, puntualmente, con dos intenciones centrales: primero, que proyectemos ese ejercicio como una instancia de abstracción superadora de la práctica profesional, que no se encuentre estricta ni necesariamente asociada al quehacer bibliotecario; segundo, para ser capaces de articular modernos modos de escritura, acorde a las exigencias cambiantes de las Ciencias Sociales a las cuales pertenecemos y procuramos aportar (capítulo 8).

La importancia estratégica de esta serie de reconversiones y cavilaciones bibliotecarias sobre las que llama la atención el autor y a las que apunta como exigencias para la consolidación de la Bibliotecología y para la diligente intervención de las bibliotecas en el paisaje posmoderno, tal como establece en el epílogo de cierre, se ha intensificado todavía más luego de la inesperada pandemia. El acceso desigual a conocimientos informáticos y herramientas digitales hizo más evidente la segregación social que nos envuelve y la propiedad

determinante de las bibliotecas como defensoras de ciudadanías democráticas e igualitarias, el vuelco masivo al cosmos digital puso de manifiesto el atraso de estas instituciones en su lenta mudanza a entornos virtuales y, al mismo tiempo, se tornó particularmente visible la importancia de sostener y adecuar los espacios de encuentro interpersonal que brinda todo establecimiento bibliotecario. En esta coyuntura, la esperanza de Parada y de quienes nos movilizamos al leerle, es, ante todo, que la introspección profunda, junto al trabajo arduo y sistemático, acompañen procesos de intensas y penetrantes mutaciones en la disciplina y en las bibliotecas que construimos como estandartes de equidad y ascenso social.